

LOS VIAJES DE MURCIA

POR

FRANCISCO ALEMAN SAINZ

I

No hay ciudades abstractas. Toda ciudad es igua que un barco que leva anclas en cada corazón, y que permanece en cada memoria. Recordar una ciudad es poblarla, raptarla. Un hombre, una mujer, llega a Murcia y se marcha luego. ¿Qué se ha hecho de Murcia dentro de esos cabales viajeros? Cuántas Murcia bogarán por el mundo, en las conversaciones familiares, en las cartas, en los encuentros fortuitos, en los monólogos personales?

Uno piensa que Murcia es también como un velero, cuyo palo mayor sea la Torre, y su velamen azul el gran cielo sereno, brillante, casi encerrado. Estos a quienes voy a referirme son hombres de nuestro tiempo, hombres de nuestro siglo veinte, con sus dos equis enigmáticas. Hombres que llegan de otras tierras, y que añaden a sus memorias esta vieja ciudad del sureste. Se trata de españoles, pero también se trata de extranjeros. Gentes que pasaron por nuestra ciudad con la mirada alerta. Eugenio d'Ors, en «Los diálogos de la pasión mediatunda», nombra a una mujer, llamada Fuensanta, una murciana con una repetida figura de tatuaje en la piel. Quizá la piel de Murcia sea así, una señal insistente que se traslada sobre aquellos que se aproximan y se marchan.

(Han escrito de Murcia, recientemente, desde el apresuramiento del artículo periodístico, César González Ruano, Juan Aparicio, Eugenia Serrano, Rafael Gamba, Pedro Garmendía, José María de Cossío, José Camón Aznar, Antonio Díaz Cañabate, José María Pemán, Dámaso Santos, Juan Antonio Cabezas, José Antonio Torreblanca. Esta es una nómina apresurada y, naturalmente, interina).



La ciudad se aproxima o se aleja. Hay unas líneas que, en las «Confesiones» de Boris Pasternak, adquieren un extraordinario misterio y claridad a la vez:

—Podemos citarnos con un pedazo de espacio habitado, como si nos citásemos con un ser vivo.

Contra lo que pueda parecer a primera vista, las palabras no se escriben para ser olvidadas, y resulta curioso que sea un escritor inglés, uno de los tres famosos Sitwell, quien nos entregue la cifra que Pasternak contara en el recuerdo. Porque es, precisamente, Sacheverell Sitwell quien se cita un día con Murcia desde su país insular, en uno de sus primeros poemas, titulado «El Alcalde de Murcia».

Cuando Sitwell llega a Murcia es el atardecer de un día de setiembre, y hay un gran gentío en la Glorieta. Es la Feria, una Feria lejana a la de ahora mismo, más abierta, más poblada. Pasea por el Malecón y apunta el Jardín Botánico, la Platería, la Trapería, la Torre, la Catedral y las tartanas. Y su recuerdo murciano termina así:

—Murcia, ciudad en la que he pensado con cariño durante treinta años, después que por primera vez escribí versos.

Esta introducción al recuerdo de Murcia sin fidelidad al orden de la letra escrita por Sacheverell Sitwell, figura en su libro «España». Desde esta línea me propongo trasladar, desde ahora, lealmente, lo escrito, y acompañar en notas la referencia al libro y su edición, lo mismo que la página.

II

Gabriel Miró, en «El Obispo Leproso», cuenta a María Fulgencia, pendiente del Angel de Salzillo, y de la importancia de su presencia en la vida de la muchacha. Pero Murcia surge más aludida en Miró, por ejemplo, cuando los sastres de la ciudad se asomaban a los portalillos de sus obradores, en la calle de la Platería, para mirar los trajes de corte inglés de los parientes de María Fulgencia. Y también cuando, refiriéndose a uno de los primos de la muchacha, dice:

Mauricio siempre sonreía mirando a Murcia, porque no miraba un edificio, una torre, sino toda la ciuda en una sola mirada (1).

Para quien, como le ocurre a Miró, la mirada sea casi una epifanía, esta sonrisa del personaje es muy elocuente.



También el más silencioso de los escritores españoles, Azorín, desde el norte español, repasa las tierras españolas, ciudad tras ciudad, y es su referencia de Murcia un bello capítulo bien contado, con referencias a un texto de D. José Marín Baldo sobre la barraca murciana. Desde el norte español, Azorín escribe:

Aquí el cielo ahora, al trazar estos renglones, es bajo y gris; una llovizna menuda se cierne en el aire. Los lejos del paisaje se esfuman borrosos en la niebla. ¿Cómo estará ahora aquella lejana tierra de Murcia? El aire será transparente y cálido; un azul purísimo, como de tersa seda, se extenderá por todo el cielo. Habrá en la huerta —como siempre— anchas y pomposas higueras; los azarbes y las acequias bullirán de agua corredora que acá y allá se espejará brillantemente entre la verdura al recibir los rayos vívidos del sol...

...Desde lo alto de la montaña —en que se yergue una ermita— se divisará el panorama extenso, magnífico de una vega... (2).

Otra alusión de Azorín se refiere ya a la ciudad. Son las calles estrechas de España las que reman en la memoria del escritor. Llama a esta calle murciana Azorín calle de Platerías, y como luego veremos, en una alusión al pequeño filósofo, es Ortega y Gasset quien vuelve el apellido de la calle a su singular. Azorín se refiere a

...la hora del crepúsculo, cuando la estrecha cinta que se ve en lo alto va palideciendo y cuando comienzan a encenderse las luces de las tiendas. A esta hora, toda la intimidad, toda la sonoridad de estas calles parece que se identifica. No es una calle; es el corredor de una casa (3).

Hay un texto de Ciro Bayo con referencia a Murcia, vista desde Librilla. Para quien quiera compulsarlo doy la referencia necesaria, pero no me parece interesante recogerlo en el presente ensayo (4).

Ortega y Gasset está en Buenos Aires, y allí mismo piensa un instante en Murcia, como referencia del lugar donde se encuentra.

...esta población de tres millones de habitantes es profundamente patriarcal. La escena vespertina de Florida es sólidamente provincia y me recuerda a la gente de Murcia paseando arriba y abajo en Platería, un paseo que habrá hecho muchas veces Azorín cuando era aun mozo y ya era espectro (5).



Siguiendo esta pesquisa libresca apuntemos que Pío Baroja, en su biografía «Juan Van Halen, el oficial aventurero», escribe un capítulo titulado «Conspiración en Murcia», que apuntamos aquí a sabiendas de que escapa del tema. Aunque la obra de Baroja está escrita en 1933, la acción biográfica corresponde a una Murcia del primer cuarto del siglo XIX.

Para el paso de Murcia por la literatura más inmediata, apuntemos una novela de Carmen Laforet, «La Insolación», en cuyo prólogo aparece una nota donde se explica que las referencias a Murcia son arbitrarias, y que los nombres pudieran haberse situado en otros lugares soleados, puesto que no son nombres geográficamente ciertos.

III

Estas regiones un tanto esquinadas en la geografía parecen escaparse de la atención. Y también sus ciudades adquieren una palidez súbita, que en ocasiones nos abrumba desde la distancia.

Es el año 1932. René Leriche, el autor de «La cirugía del dolor», da una gran vuelta por España, y él mismo refiere los lugares del viaje:

Toledo, Córdoba, Sevilla, Cádiz, Algeciras, Granada y Murcia. ¡Qué maravilloso país, tan lejano y tan cerca, sin embargo de nosotros! Comprendo que se apasione uno por estas tierras, tan pronto reseca como extraordinariamente fértiles (6).

Van pasando por Murcia multitud de viajeros. Unos, menos importantes; otros, mucho. André Gide llega en su diario de la primavera de 1910 y escribe poco. Cuenta, como Sitwell una calle por donde no pasan coches, y los famosos lugares para mirar, con sus graves sillones enfrentados. Walter Starkie va y viene, escucha las voces hirsutas y cálidas de los auroros. Suzanne Chantal cruza una Murcia tópica. Pero todos y cada uno van llevándose una ciudad, la viva imagen de una ciudad, como un fragmento heraclitano.

Un día, Jorge Guillén tensa el arco de la poesía así: «Humilde eternidad por calle corta». Es la calle de la Aurora, estrechamente apretada, tensa como el arco separado de la ballesta. Cortedad, humildad, eternidad, predicción de una manera de situarse ante la vida. También las ciudades tienen su sino y su señal, su fábula y su historia.

Murcia, ¡ciudad raptada en tantas ocasiones, en tantas llegadas y salidas! No ciudad seducida, sino seductora, viva en la memoria de tantos



que la llevan en el pecho, desde la lejanía, como una bella condecoración invisible. Esta esquina española posee una sensibilidad certera que se aleja luego dentro de cada viajero, igual que una pequeña herida de nostalgia.

Y ya en la distancia más distante, dentro de la invención, un relato de Aldous Huxley nos entrega el nombre:

...Y, en todo caso, ¿dónde está Murcia?

El domingo siguiente supimos la respuesta: la supimos no sólo en teoría, sino experimentalmente, yendo allá, a ochenta millas por hora, en el Buick convertible de Bob. Murcia (California) consistía en dos rojos surtidores de gasolina y un pequeñísimo almacén situados en el borde suroccidental del desierto de Mojave.

La larga sequía se había cortado dos días antes (7).

El tema de la sequía, tan murciano, parece repetirse en la lejana California.

Otro lugar sorprendente para el lector, donde aparece el nombre de nuestra ciudad, es la novela de un escritor centroeuropeo, nacido en Praga y de clara ascendencia sefardita. El argumento no hace al caso. Se trata de un relato policíaco, y por lo tanto de investigar sobre una muerte. El misterio está en la zona del atlas, y la referencia que nos importa es ésta:

—Convénzase por usted mismo, doctor; no sigue nada más, sólo mapas de las provincias de España... «Granata et Murcia» (8).

Antoine de Saint-Exupery se refiere en un libro emocionante, volador, al camarada que le inició en el conocimiento del correo de Africa, y la bella prosa del gran escritor, del gran aviador, se expresa así:

Guillaumet no me enseñaza España: me iba haciendo de España una amiga. No me hablaba de hidrografía, ni de poblaciones, ni de alquileres...

...No me hablaba de Lorca, sino de un simple cortijo cerca de Lorca. De un cortijo viviente. Y de su cortijero. Y de su cortijera. Y esta pareja tomaba, perdida en el espacio, a mil qui-



nientos kilómetros de nosotros, una importancia desmesurada. Bien instalados sobre la vertiente de su montaña, semejantes a guardianes de faro, estaban ellos prestos, bajo sus estrellas, a llevar socorro a los hombres (9).

Delano Ames, pariente del fallecido presidente Roosevelt, llega a Alicante hace unos años, y escribe una novela, una más de sus novelas. Para decir la verdad ésta ocurre en Alicante, y su protagonista es un cabo de la Guardia Civil llamado Juan Llorca. Solamente una vez se a'ude a Murcia, pero fuera del tema del relato.

A las once y media hubo una llamada de Valencia. Era una conferencia privada de un guardia con el cual había actuado una vez en Murcia (10).

IV

Las ciudades actúan sobre sus viajeros claramente unas veces, oscuramente en otras ocasiones. Pero todos, una vez de regreso, cuando parecen haber dejado atrás todo el tiempo transcurrido, se encuentran con que un nombre, casi perdido en los días, se precipita sobre ellos con una nueva carga de memoria. Algo ocurrido, o apenas entrevisto: una persona, un paisaje, un color, una cosa, adquiere repentinamente nombre de ciudad con un grave aspaviento. Desde este valle del Segura vuela el nombre de Murcia con sus alas suaves.

Los ríos cortan las ciudades, pontificadas del sobresalto de los puentes, y en sus superficies viajeras se llevan la estampa inmediata que se asombra en el agua. Se lleva la ausencia al costado, como una daga envainada.

Hay ocasiones en que el viajero regresa a la ciudad, y vuelve luego a marcharse otra vez. Pero hay veces en que el viajero estará siempre fuera de la cuestión, lejos del lugar en que pasó días, semanas, horas, meses. Este lugar, como una pequeña semilla, el grano que muere, crece después en la memoria, estallando en el corazón con una fronda abrumadora.

No ya el escritor, ni el artista, sino muchos hombres dedicados a otras profesiones diversas, tienen en sus horas más llenas la presencia viva de una ciudad que parece estarles aguardando de nuevo, remota y precisa, inmediata y misteriosa, aun con la seguridad de no volver a encontrarse con ella.

Murcia ha sido vista, cortejada, por hombres de otras tierras. Es na-



tural que hayan sido los escritores quienes hayan escrito sobre Murcia y su manera de salirles al camino, a veces desde el nombre solo, como en Perutz y Huxley. He apuntado unas notas recogidas en el caminar de la lectura, en las páginas más dispares. Es, sin duda, la bella colección de los viajes de Murcia.

N O T A S

- (1) GABRIEL MIRÓ: «El Obispo Leproso». Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid 1943. Pág. 828.
- (2) AZORÍN: «El paisaje de España visto por los españoles». Caro Raggio editor. Madrid 1923. Págs. 87-88.
- (3) AZORÍN: «Los Pueblos». (Una ciudad). Editorial Losada. Buenos Aires, 1960. Colección Contemporánea. Pág. 62.
- (4) CIRO BAYO: «Lazarillo Español». Colección Austral. Espasa Calpe. Buenos Aires. Págs. 161-162.
- (5) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: Obras Inéditas. «Meditación del pueblo joven». Biblioteca de la Revista de Occidente. Emecé editores. Buenos Aires, 1958. Pág. 88.
- (6) RENÉ LERICHE: «Recuerdos de mi vida muerta». Editorial Cultura Clásica y Moderna. Madrid, 1958. Págs. 282-283.
- (7) ALDOUS HUXLEY: «Mono y Esencia»: Editorial Sudamericana. Colección Horizonte. Buenos Aires, 1951. 2.ª edición. Pág. 21.
- (8) LEO PERUTZ: «El Maestro del Juicio Final». Colección El Séptimo Círculo. Emecé editores. Buenos Aires, 1946. Pág. 163.
- (9) ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY: «Tierra de los Hombres». Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1939. Pág. 17.
- (10) DELANO AMES: «El hombre del Tricornio». Colección G. P. Plaza Janes. Madrid-Barcelona, 1964. Pág. 61.

NOTA PARA ACABAR

Menéndez Pidal, en unos «Estudios de Lingüística» (Colección Austral. Espasa Calpe. Madrid, 1961), recoge una publicación hecha diez años antes donde se refiere al nombre de Murcia. Después de referirse a Francisco Cascales y a otros muchos, el autor ya ha afirmado que

El nombre de Murcia es el mayor tormento para los etimólogos.

Me parecía lógico terminar este ensayo de estudio con una nota sobre el nombre de la ciudad viajera, y resultaba sugestiva esta aportación de Menéndez Pidal, en unos fragmentos de su estudio «Murcia y Mortera, dos topónimos hidrográficos».



En cuanto a la ciudad de Murcia sabido es que el río Segura que riega su territorio "a la manera del Nilo de Egipto", según dice un geógrafo árabe, forma un valle pantanoso, de que son testigos los arrozales de Calasparra; la desecación actual del suelo de la ciudad se debe al Malecón que sirve de paseo y a los trabajos de canalización en las acequias de riego. Aun así, tristemente famosas son las inundaciones del Segura, ese Nilo no sujeto a periodicidad; todo el subsuelo de Murcia es fangoso y a los 20 metros de profundidad el fango es más fluido que a los 10...

Parece ser que el nombre de Murcia no aparece en ningún autor antiguo, y que se trata de una ciudad musulmana nueva. Menéndez Pidal insiste en que

...La fundación de Abderrahman II tomó pues el nombre romano que tenía el poblado preexistente, insignificante hasta entonces...

y el autor da un ejemplo, que es el de Badajoz, ciudad nueva con denominación antigua. En cuanto al nombre como tal,

El adjetivo sustantivo "murcius" subsiste en Galicia, "murcio", humedad o principio de corrupción que se observa en la carne por curar, según define el "diccionario" de Cuveiro Piñol, 1874, y copia el de Valladares, 1884. Este paso del significado de "agua estancada" al de "humedad" se ve también en los topónimos que a continuación consideramos.

Pasa ahora a tratar de temas relacionados parcialmente con la cuestión.

Esta era como una pequeña ventana a los viajes de nuestra ciudad. Terminar estos viajes de las obras más diversas, de los autores más dispares, parecía quedar más terminada con esta nota para acabar, donde se contaba con un gran investigador español.

